

mula, ó que reprime.... ¿en dónde está? *Eso*, que haga las veces de obligacion, de orden, de justicia,—y que no puede nacer en el individuo por su sólo interés,—¿dónde lo colocais? ¿En su propia voluntad, ó en la fuerza de los demás asociados?... Y en uno y otro caso, ¿seréis capaces de darme la razon de ese sacrificio, ó los títulos de legitimidad de esa fuerza?—En vano lucharéis; en vano os revolveréis dentro de vuestro estrecho círculo, donde no ha querido Dios que podais encontrar arma alguna para defenderos. Teneis que salir de él: teneis que buscar fuera del individuo una ley de obligacion para dirigir sus pasiones, como hay que salir fuera de la tierra opaca para encontrar el origen de la luz, que nos deja ver el espacio.

«¡Y bien!—tengo que deciros todavía,—en la necesidad de buscar ese destello de lumbrera social fuera de las tinieblas, del interés y de la existencia del hombre, ¿cómo podréis deducirle, cómo podréis hacerle brotar y nacer de esas mismas necesidades, de esos mismos instintos que le han de estar subordinados, si ha de imponer á su voluntad y á su interés el freno de una represion coercitiva, ó en otro caso, la abnegacion espontánea del deber, del sacrificio, de la virtud?...

¡Oh! No creais, Señores, que á los filósofos á quienes aludo, les falte respuesta todavía. No son inteligencias vulgares, ni han dejado de meditar sobre el objeto de sus teorías y sistemas. Prevéo que me contestarían con una recriminacion. Serían capaces de decirme que para dirigirles este cargo, me colocaba yo tambien en la esfera del individualismo, y en la suposición de un aislamiento inadmisibile. — «Esa imperfeccion de la naturaleza,—me dirán,—sólo en el individuo existe; pero la perfeccion

de la sociedad es infinita. Más no buscamos nosotros en la sociedad la relacion de la armonía: por eso en ella, y sólo en ella, desaparecerán de todo punto esas luchas de pasiones; esos conflictos de deberes, ese antagonismo de intereses personales y sociales; esa antinómia,—como dicen los filósofos alemanes,—del egoismo y la virtud, en cuya accion y reaccion creéis vosotros que se labran y acrisolan la perfeccion del individuo, la dignidad y nobleza de la especie humana. ¡Ilusion triste de la creencia, que se funda en llamar á la tierra lugar de expiacion y *valle de lágrimas!* ¡Preocupacion absurda, que tiene su origen en los hábitos de dolor y de miseria de una organizacion social viciosa, subversiva, degradante! Desaparezca esa organizacion; y la lucha, el antagonismo, la antinómia cesarán de suyo: la armonía entre el orden social y las necesidades individuales, respirará sobre la tierra; y no existiendo pasiones ni deséos, que no puedan ser ámplia y legitimamente satisfechos, todos los motivos de sacrificio, y todos los poderes de represion vendrán á ser de todo punto innecesarios. La virtud que invocais, perderá su significacion, porque no existirá el vicio. Vuestra justicia severa dejará de ser una divinidad de sangre, porque nadie *tendrá interés* en ser injusto; y hasta vuestro feroz y soberbio heroismo perderá su gloria, porque ni la felicidad general se labrará con cadáveres de mártires, ni el altar de la Patria reclamará sangre de víctimas....»

Desde luego, Señores, notaréis en el giro de esta argumentacion, el círculo vicioso en que eternamente se estrechan los razonadores que así discurren. Si la individualidad humana es, de suyo, buena y perfecta, si todas sus luchas y conflictos nacen de una mala organizacion social, ¿á qué fin dar tanta importancia á una organiza-

cion nueva, corriendo los mismos ó mayores riesgos, y no dejar al hombre en el pleno goce de su perfecto aislamiento, en la pacífica posesion de su nativa bondad?... Juan Jacobo Rousseau, Señores, era ciertamente más sincero y más rigurosamente lógico que los filósofos contemporáneos. Proclamando que el hombre era de por sí libre, bueno y virtuoso, declaró resueltamente la guerra á una sociedad que le tornaba perverso y esclavo. Por eso pasó su vida en hacer la elocuente apoteosis del aislamiento y de la individualidad. Su principio moral era la fiera independencia de la naturaleza: su ley política no podía ser más que un *pacto*; esto es, un permiso, una estipulacion, un consentimiento, una tolerancia del individuo.

Los actuales socialistas, exagerando por una parte las facultades de la naturaleza humana, esperan al mismo tiempo una série de prodigios de su combinacion social. Luego segun su confesion propia, hay en esa organizacion armónica, capaz de satisfacer todas las necesidades individuales, algo que no está en la naturaleza del individuo mismo; algo, que excede á la impotencia de sus medios, y á la lucha eterna de sus deséos. Luego,—segun su propio razonamiento,—no puede buscarse el principio de la fuerza social en ese hombre, que ni á sí mismo se basta.

Poco há preguntábamos á esos filósofos: si el hombre es de por sí perfectible ¿á qué buscar la perfeccion en la organizacion de la sociedad? Tenemos que dirigirles ahora otra pregunta de solucion más difícil. «Si sólo la sociedad en su conjunto es perfectible ¿qué derecho hay, ni qué razon, para cifrar su perfectibilidad en la satisfaccion de las necesidades del individuo?...»

Hay empero, Señores, otra cuestion todavía más árdua,

que estos filósofos han resuelto préviamente con una hipótesis absurda. Antes de que ellos y nosotros podamos responder al anterior problema, tengo que preguntarles: «¿Quién es el que ha dado, así á la individualidad, como á la sociedad humana, ese derecho á la perfeccion absoluta en sus medios, en el cumplimiento satisfactorio de sus deséos; esa esperanza segura de la felicidad material, que se cifra en el logro de todas las pasiones?... Si el hombre es mísero y limitado; si su existencia física, y su adelanto moral giran por una órbita de combates y de victorias, de deséos y privaciones, de dolores y de placeres, ¿con qué razon se ha abrogado la filosofía títulos para creer que la sociedad está exenta de la ley universal, que la destina á la prueba del dolor, á la condicion misteriosa del trabajo y del sufrimiento? ¿Qué principio de analogía, qué instinto del corazon, qué induccion filosófica han seguido los que atribuyen á la sociedad humana la posibilidad y la esperanza del absoluto bien sobre la tierra? En este punto la historia del individuo y de la sociedad, no se identifican ni se confunden; pero se corresponden.

La experiencia nos muestra al hombre siempre en pos de un idéal de felicidad, que camina y se aumenta delante de su corazon, como huye y se agranda el espacio delante de sus ojos. La Historia nos representa á la civilizacion adelantando en un camino de mejora, en el cual, cuanto más anda, mayores esfuerzos emplea para desterrar las miserias sociales, y alcanzar ese bien supremo, incompatible con la ley del dolor, con la ley de la muerte, con la ley del trabajo. Yo no encuentro en la sociedad ninguna fuerza ni organizacion alguna, que sea capaz de eximirse de este inexorable triunvirato.

Mucho ménos, Señores, podemos estar inclinados á creer que esa felicidad absoluta haya de consistir en la plena satisfaccion de todos los deséos, de todas las aspiraciones. El exámen de la naturaleza individual no puede conducirnos á este resultado. Siempre queda entre el poder y el deseo del hombre un *más allá*.... tan grande, como el que ha puesto la naturaleza entre el extremo de sus brazos y el alcance de sus ojos. La investigacion de la ley social no puede tener por punto de partida una quimera, ni por resultado final una contradiccion con nuestro destino y con el testimonio de la Historia. Hemos visto á los metafísicos alemanes hacer divinidad al hombre: habíamos visto ántes á los filósofos liberales hacer al individuo soberano: los socialistas,—de quienes vamos hablando,—han aspirado á más: anuncian una sociedad perfecta, para hacer al individuo omnipotente; y esta perfeccion, y esta omnipotencia, no para crear un mundo de ángeles, sinó un paraiso de placeres.—Os dejo el juicio de estas doctrinas!...

La verdad es, que el conocimiento de la perfectibilidad social nos está negado. Una ley de universal analogía, que no es simplemente una comparacion metafórica, nos autoriza para creer que la esfera de la civilizacion y el alcance del progreso tienen límites, como las fuerzas del mundo físico; y que allí donde estos límites existen, el libre desarrollo de los deséos y de las necesidades tiene que encontrarse con la valla de la represion, con la ley del deber, con el fatalismo de lo finito y de lo perecedero.

Desde que se hace esta consideracion, Señores, el destino de la sociedad no puede representársenos como la prolongacion del impulso, sinó como el equilibrio de las

fuerzas. Desde que se hace esta consideracion, el fin de la sociedad no puede ser para nosotros una felicidad absoluta, quimérica, angelical, empírea, sinó un destino terreno, providencial, ignorado y perdido dentro de los límites de las miras de Dios. Desde que se hace esta consideracion, la ley social no puede fundarse en la satisfaccion de las pasiones humanas, sinó en el dualismo que las desarrolla, y que las encadena. Desde que se hace esta consideracion, el principio de este equilibrio, de este concierto, de esta armonía, de este destino, de esta civilizacion, no puede ser el principio materialista de las necesidades y placeres, que léjos de representar la existencia social, solo corresponden á una de las dos fuerzas que constituyen la vida del individuo. Desde que se hace esta consideracion, en fin, se vé que el rumbo en que parten los filósofos á que aludimos, en direccion totalmente opuesta al objeto que buscaban, léjos de concluir á la armonía social por el concierto de todas las voluntades, debe llegar á la exageracion más anárquica del egoismo, por la legitimidad de todos los intereses.

Permitidme, Señores, insistir en una proposicion. La armonía de las voluntades sólo puede producirla un sentimiento, una idéa, un principio superior á la voluntad de cada uno. Y es preciso decirlo; este sentimiento y esta idéa en un alto grado de perfeccion no se ha presentado todavía, ni en el mundo moral, ni en el mundo político. Cuando Dios permitió que se ofreciera á los ojos humanos un ejemplar de esta sublime concordia, el mundo y el cielo dieron á esta armonía celestial un nombre más significativo que socialismo, más noble que Patria, más blando que Derecho, más consolador que obligacion, más sensato que libertad, más venerando que autoridad

y poder. El mundo y el cielo dieron á esta concordia un destino más dilatado que la superficie del globo, un término más remoto que la sucesion de los siglos, la esperanza de una felicidad más grande que el epicureismo de los sentidos, y que los limitados goces de los humanos placeres.

El mundo y el cielo llamaron RELIGION á este sentimiento, á esta doctrina, á esta felicidad, á esta asociacion y á esta sublime esperanza!

#### IV.

Verdad es que á nosotros no nos es dado subir tan alto. Nuestra marcha está trazada por las pedregosas veredas de la tierra, regadas hasta ahora con el sudor y el llanto de los hombres, y sembradas á derecha é izquierda con las ruinas y cementerios de las civilizaciones más poderosas y robustas. Pero ántes de pasar más adelante, justo será detenernos un momento de respiro, para contar las piedras miliarias, que dejamos señaladas en nuestras primeras jornadas por estos escabrosos caminos.

Hemos visto en primer lugar que la ley del orden y del destino social no podían buscarse en las cualidades individuales; y que todos los que lo intentaron, léjos de llegar á encontrar el fundamento de la sociedad, llegan hasta el desamparo del individuo.

Hemos procurado demostrar cómo la ley de la asociacion debe buscarse en las condiciones de la existencia de la sociedad misma; y el principio de su desarrollo y progreso en los fines generales de la Providencia, atestiguan-

dos, para lo futuro, por el orden del mundo; para lo pasado, por el juicio de la Historia.

Hemos proclamado que todo principio de asociacion humana, además de colectivo, tiene que ser inmaterial, moral y espiritualista.

En la existencia del hombre, hemos distinguido las facultades y pasiones que pertenecen á su vida individual, de las que le enlazan y encadenan con la organizacion general de la sociedad.

En la sociedad hemos hecho comprender cómo el equilibrio entre la ley social y el libre desarrollo del individuo constituyen la perfeccion; cómo, siempre que en vez de este equilibrio, se establece el predominio absoluto de un principio, la sociedad padece, y la civilizacion retrocede hasta una nueva reaccion.

Hemos dejado entrever cómo el destino de la civilizacion es girar entre estas dos fuerzas, agrandándose siempre la accion de cada una; cómo esta oscilacion entre la existencia social y la vida del individuo, constituyen el movimiento de la humanidad por la órbita del mundo moral.

Descendiendo de la metafísica á la Historia, hemos observado predominando en las sociedades el principio de asociacion, hasta absorber al individuo en la entidad social; y naciendo, por reaccion, el individualismo, del seno de esta condicion opresora.

En la sociedad moderna hemos visto al individualismo absoluto dejar indefensa á la sociedad; y de la exageracion misma de este resultado, nacer el socialismo moderno.

Hemos distinguido en la categoría general de socialistas:

Primero. Á los socialistas políticos, que de nuevo quieren identificar á la sociedad con el Estado, por medio de una forma democrática ó de un régimen comunista.

Segundo. Á otros, que haciendo la organizacion social independiente del sistema político, buscan el destino de la civilizacion en el principio materialista de la satisfaccion absoluta de las pasiones y necesidades del hombre.

De unos y de otros hemos hecho observar que, buscando el fundamento de su sistema en las calidades individuales, habian concluido por un resultado contradictorio con su aparente objeto.

De los socialistas societarios hemos creido poder afirmar con razon suficiente, que parten de una suposicion falsa á una consecuencia absurda; y hemos invocado contra su epicúreo optimismo el principio de que lo mismo la perfeccion social que la del individuo, son finitas y limitadas, por más que estos límites sean para nosotros indeterminados é indefinidos.

Respecto al socialismo político, contentándonos con oponerle las mismas palabras de la doctrina societaria, hemos indicado la necesidad de dejar su exámen, para hacerle objeto de consideraciones más detenidas en las explicaciones siguientes.

Recelaba, Señores, de la pesadez y demasiada extension de mis observaciones. Al contemplar el espacio recorrido; al ver de qué manera vamos llegando al corazon del objeto mismo que me he propuesto examinar, veo en verdad que más bien debo culparme de superficialidad y de ligereza. El auditorio al cual tengo la honra de dirigirme, debe conocer que siendo mi propósito, no más que señalar los principios, y colocar en un orden de aplicacion fácil las ideas generales, faltaría á la consideracion

que debo á su esclarecida inteligencia, si hiciera objeto de mis estudios las consecuencias intermedias; así como desconocería orgullosamente mi propia flaqueza, si delante de vosotros me creyera con suficiencia para profundizar todas las cuestiones. Por motivos idénticos he huido de impugnar nominalmente escritos y autores: me he contentado con juzgar ideas y tendencias.

Este método tiene la ventaja de permitir á la razon mayor severidad, quitando á la critica las apariencias del orgullo. De haber descendido á un análisis más fundamental, puede ser que algunos nombres hubieran reprimido mi osadía con la autoridad de su gran talento. Porque, Señores, algunas de esas inteligencias no nacieron en vano para la humanidad. Algunas merecen la refutacion, porque merecen el estudio. Temeridad sería negar el respeto á un coloso como Hegel, y confundirle en su Patria con Ruge y con Baner, y más acá del Rhin, con los mil charlatanes de ciencia y de filosofia, que á favor del mercantilismo literario de nuestros vecinos, vemos pulular diariamente en las orillas del Sena. Injusto sería colocar en una misma línea al ilustre Cárlos Fourier, digno, á pesar de sus delirios y puerilidades, de consideracion profundísima, con la vulgaridad de Roberto Owen, ó medir con el mismo compás el sombrío fanatismo y las febriles alucinaciones de Luis Blanc, con el talento pasmoso, y la razon tantas veces sensata y luminosa del Autor de las Contradicciones económicas. No, Señores; ha pasado el tiempo del desden, de la critica sin exámen, y de esas condenaciones en masa, que de nada han aprovechado.

No todo lo que han escrito esos hombres será perdido. En la guerra de las ideas, como en la de las naciones,

hasta las huestes vencidas suelen dejar semillas de civilización en el mismo territorio que destrozaron, ó donde sucumbieron. Muchos de los hombres á quienes aludo, ejercerán influencia sobre el porvenir de la filosofía y de la ciencia social. Muchas ideas generosas, muchas miras nuevas, muchos preciosos datos, muchos pensamientos fecundos, muchos luminosos principios, tiene que recoger en sus trabajos la misma política que los resiste, la misma ciencia que los combate. Sirva, Señores, esta protesta de disculpa para mi atrevimiento, si la índole de estas conferencias me veda descender á un terreno, donde examinando con más detención sus doctrinas, pudiera á veces significar la simpatía que algunos me inspiran, la admiración que á otros consagro.

Hay algo que admiro con más entusiasmo; y es la VERDAD, que no siempre les ilumina. Hay algo más sagrado que la gloria del talento; y es la armonía del orden social, que ciertos principios comprometen. Hay una causa más simpática que la de esa reforma radical y completa, que tan pomposamente se anuncia; y es la de la libertad misma, de la libertad social, moral y doméstica del hombre, amenazada por ciertas doctrinas con un nuevo género de opresor, irresistible y sangriento despotismo.

## LECCION QUINTA.

### DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y ADMINISTRATIVAS.

#### I.

Señores: en las dos explicaciones anteriores hemos tenido ocasion de examinar la tendencia y la doctrina de los que pretenden identificar el gobierno del Estado con la dirección absoluta de los intereses de la Sociedad. Esta clase de socialismo, la hemos examinado como deducción de una teoría filosófica.

Para completar este exámen, tenemos necesidad de juzgar esta tendencia y éste sistema en otra region más práctica, y descendiendo de un origen más antiguo, tan antiguo como los orígenes de la civilización, tan remoto como todas las asociaciones políticas de que conserva memoria la historia del mundo. Despues de ver el nacimiento, desarrollo y adelanto del principio de la asociación en las ideas y en las doctrinas, no estará demás que,—aunque tengamos que repetir ciertos principios,—examinemos y describamos el progreso de lo que hemos llamado socialismo político en los Gobiernos; estudio, que por pesado que sea,—y procuraremos hacerle con la mayor lijereza,—no será perdido para el resultado final de nuestra doctrina y de nuestras deducciones.